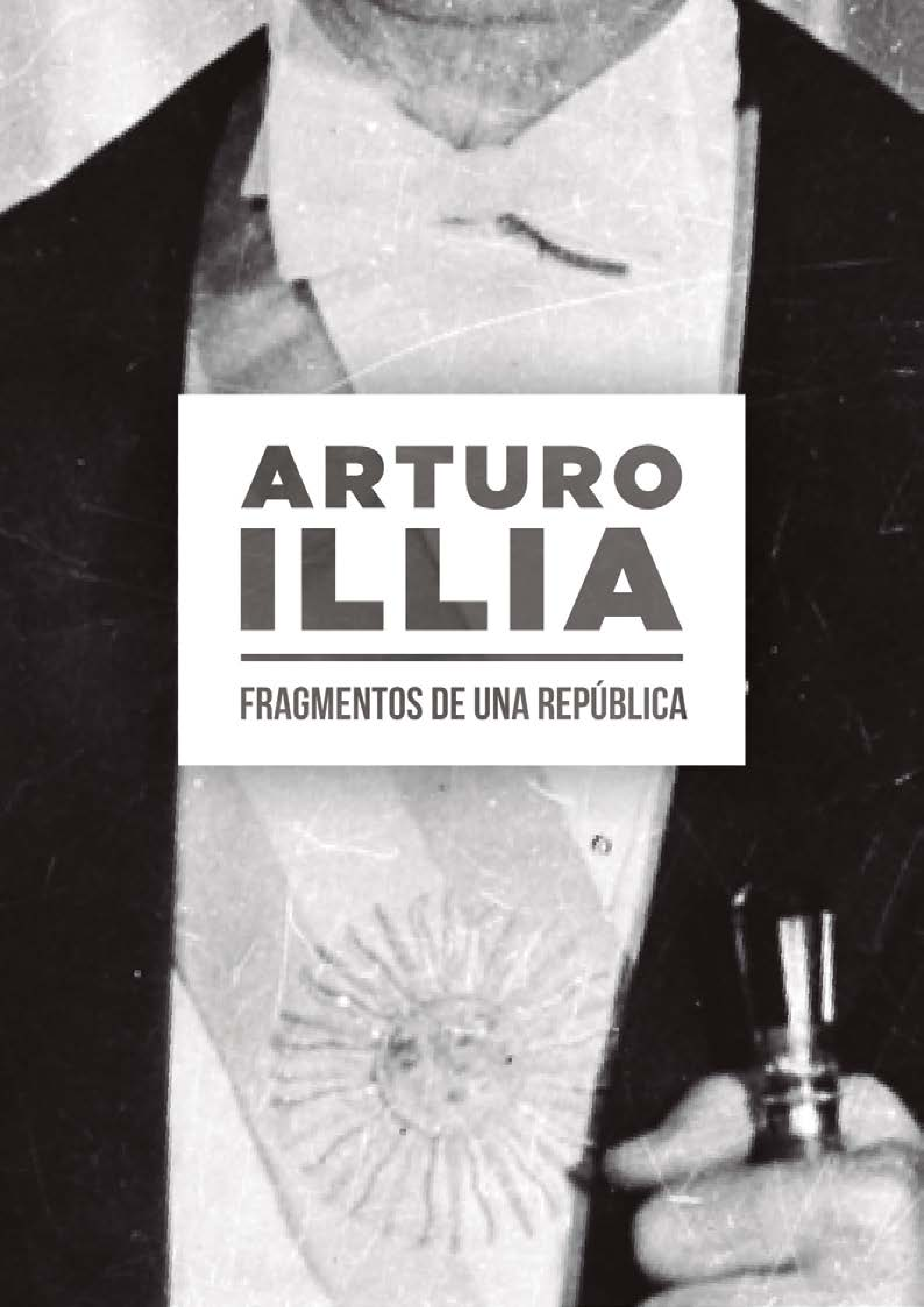


ARTURO ILLIA

FRAGMENTOS DE UNA REPÚBLICA

ARTURO ILLIA

Fragmentos de una república

encuentro

Arturo Illia. Fragmentos de una República - 1a ed.-

Imagen de tapa: Archivo General de la Nación

Buenos Aires: Canal Encuentro, 2016

Canal Encuentro

Dirección General: María Fernanda Rotondaro

Producción General: Gabriela Guerschanik

Entrevistas: Ezequiel Cazzola

Producción de entrevistas: Eleonora Menutti

Edición: Cecilia Pardo

Producción e-book: Javiera Pérez Salerno, Elisa Palacio

Conversión a formato digital: Libresque

Corrección: Martina Serrot, Marcela Sívori, Alberto Yriart

Diseño de Tapa: Juan Furlino, Hernán Gauna

Archivo Histórico Canal Encuentro

Reproducción fotográfica: Lorena Rubinetti

Asesoría legal: Constanza Vela

Agradecimientos: Emma Illia, Archivo General de la Nación, Biblioteca Nacional

www.encuentro.gob.ar

"La Argentina tuvo una brevísima edad de oro

en las artes, la ciencia y la cultura:

fue de 1963 a 1966".

Luis Federico Leloir

Premio Nobel de Química 1970

Introducción

Durante mayo y junio de 2016, Canal Encuentro produjo una serie de entrevistas sobre el expresidente Arturo Illia. Familiares, colaboradores cercanos y testigos directos aportaron una mirada inédita sobre aquellos años.

El resultado es un recorrido testimonial, polifónico, que busca rearmar su figura y su ideas de gobierno desde distintas miradas y esboza algunas teorías sobre lo que pasó la noche del golpe.

A cincuenta años de su derrocamiento, Canal Encuentro brinda este material para pensar la democracia de nuestro país.

Prólogo

El gobierno radical del Dr. Arturo Illia surgió en un momento en el que las relaciones entre la sociedad civil, los factores económicos y las fuerzas militares vivían un estado de tensión permanente. La proscripción del peronismo y la alianza militar-sindical constituían una bomba próxima a estallar.

El periodismo, a través de la ridiculización del presidente, hizo un juego peligroso sin medir las consecuencias. Tarde llegaría la hora del arrepentimiento.

Los datos concretos del gobierno de Illia muestran logros económicos: el salario mínimo, vital y móvil; medidas de afirmación de nuestra soberanía; absoluta libertad; y el mayor crecimiento de la universidad pública en su historia.

Estos actos, que pudieron ser explotados por los medios, se mostraron solo como medidas de un gobierno democrático. El Chocón, la recuperación de YPF y el pleno autoabastecimiento de petróleo, la profesionalización de nuestros científicos, el rechazo a la invasión norteamericana a la República Dominicana y la Ley de Medicamentos, temas que hubieran sido protagonistas en cualquier administración, aquí pasaron como sencillas decisiones de los gobernantes.

Los testimonios recogidos –carnadura de la historia, materia prima de esa memoria social– tienen el valor categórico del recuerdo. Nunca se los evoca en forma individual. Este material nos devuelve parte de aquella memoria colectiva.

Los testigos están atravesados por el presente, por sus propios presentes. Sin embargo, recuperar estos recuerdos es cumplir con la tarea de la memoria sin la cual una sociedad no puede construir un futuro sano y completo.

Los presagios de la oscuridad no fueron advertidos. Solo la Noche de los Bastones Largos mostró los alcances de este golpe de Estado que retrasaría tanto nuestra cultura y civilidad.

La mayor crítica que aparece en los testimonios es la falta de difusión de los actos de gobierno de Illia en la prensa. Pero, como dijo su hija, sería la repetida frase "enseñar con el ejemplo" la que guió al presidente, quien afirmaba que no necesitaba voceros de prensa porque el pueblo debería reconocer la gestión por sí mismo. ¿Ingenuidad? ¿Testarudez? O, tal vez, valores cívicos sin paternalismo alguno.

La mayoría de los testigos lamenta no haber apreciado los valores de vivir en plena libertad, y en el ejercicio coordinado de las instituciones, el reinado de la civilidad plena.

Una verdadera revolución de la honestidad, diríamos hoy.

LILIANA BARELA

Voces familiares

Emma Illia

Hija mayor de Arturo Illia.

Abogada, poeta y artista visual

Nació en 1940.

Cuido a una sombra

Yo no conocí a Illia. Soy su hija, pero siempre fue un misterio para todos. Un gran jugador, un hombre muy inteligente. Un amigo de él dijo que era un joven disfrazado de viejo. Tenía una gran memoria. Yo diría que mi padre era una sombra. De hecho, tengo un verso sobre él que se llama "Cuido a una sombra". Nunca lo conocí. Era un padre bastante ausente. Nos dejó ser libres, él creía en la libertad. Lo vi poco de chica. Aparte era tan serio, y nosotros nos divertíamos con mamá, que era tan joven y tan linda. Papá era una sombra. Era surreal, budista.

Era muy estoico. Nunca tenía hambre ni frío ni sueño ni nada. Muy fuerte. Nunca usó un sobretodo en su vida. Siempre andaba con un poncho de vicuña, que era más bien un símbolo. Era lo único que usaba. No tenía ninguna frivolidad. Mi padre decía siempre una frase de

Albert Schweitzer: “Hay tres maneras de enseñar: con el ejemplo, con el ejemplo, con el ejemplo”. Yo lo veía levantarse, la veía a mi madre correr a los partos de noche en sulky, sacar las sábanas y cortarlas para un herido. Yo veía la puerta de casa que nunca se cerraba, sin llave. La gente que se venía a atender gratis. Yo veía todo eso.

Mi padre simboliza la democracia, la libertad y la república. Fue fiel a sus principios y un gran ejemplo como político, como padre, como maestro, como amigo. Un gran lector. Era muy cristiano y estaba marcado por el principio de la libertad. La guerra civil española lo marcó. Era republicano. Tenía una línea de valores patrióticos desinteresados y hacía gala de ello. Cuanto más pobre, mejor. Cuanto más servidor, mejor.

De médico de pueblo a presidente

Mi padre era difícil de descifrar. Por eso llegó a la presidencia. Si lo hubieran podido descifrar, no llegaba. Los candidatos de ese momento eran los típicos radicales. Él pertenece a la línea de Yrigoyen, Alem, Sabattini. Los nacionales, los federales. No pertenece a los de la Pampa Húmeda, de los cuales, en Córdoba, se hablaba siempre con bastante desprecio. Córdoba era La Docta, la universidad, los doctores. Buenos Aires, los contrabandistas. Él se había asimilado a ese mundo federal, democrático y republicano. Por lo tanto, la carrera no era fácil. Los grandes poderes no iban a permitir que llegara un federal y un

demócrata. Ni un republicano. Porque hay que pagarles peaje a esos poderes. Illia era un tapado, como cuando jugaba al póker y nos ganaba con dos cuatros. Era un muy buen jugador de póker.

Fue criado en un colegio religioso. Adoraba a los curas, no quería irse a su casa en los veranos. Cuando te saludaba, te bendecía. Amaba el cristianismo y también el budismo. Había estudiado mucho, leía mucho. Le interesaban muchísimo las religiones. Practicaba yoga. Y si se enfermaba, se encerraba en un cuarto y no tomaba ningún medicamento; tomaba té varios días, se quedaba a oscuras y después salía curado. A sus enfermos les recetaba muy pocos medicamentos, igual que Amadeo Sabattini. Él tenía mucho que ver con Sabattini. Ambos eran médicos. Y no es lo mismo el médico del interior que el abogado de la Pampa Húmeda. El primero está en contacto con el rancho, con la vinchuca, con el pobre; el abogado de la Pampa Húmeda está en contacto con la gente que tiene campos. Son dos visiones del mundo.

A él no le importaba que lo aplaudieran, a él le interesaba conversar. Estaba acostumbrado porque la calle era su escuela. No es que mi padre fuera un profeta, pero ¿qué hacían los apóstoles? Caminaban. Él caminaba por la calle y conversaba. Caminaba por la plaza, conversaba con los periodistas, tomaba café en la Avenida de Mayo, iba a la plaza Colón. No le importaba la custodia. Como Gandhi, que caminaba en patas por Londres: ese era su ideal. En la vida de Illia, ser presidente fue una

anécdota más.

La república como dogma

Yo hice un poco de memoria oral, tengo muchas horas grabadas. Tengo una conversación con el general Soria, director del Colegio Militar, donde cuenta que, antes de ir a la proclamación de Mendoza, hubo una cena de los militares. Allí varios le preguntaron a Illia: “Usted, ¿para qué se va a presentar a las elecciones? Si no va a ganar. Y, si gana, lo vamos a voltear”. Esto me lo contó Manuel Soria, que estaba callado porque le daba vergüenza que dijeran estas cosas.

Mi padre finalmente se presentó. Todos pensaban que iba a ganar Pedro Aramburu, nadie pensó que a Illia lo iba a votar el peronismo. Pero el peronismo, desoyendo la orden de Perón de votar en blanco, votó a mi padre y le dio la victoria. Toda una serie de factores se fueron dando para que él, inesperadamente, fuera elegido presidente de la Nación. ¿Por qué el peronismo votó a Illia? No lo sé, pero él respondió después con sus medidas de gobierno.

Illia tenía una profunda convicción republicana. Creía en la ley casi como una convicción religiosa. El que no tiene espiritualidad no lo puede entender. “El Estado es la realidad de la ley moral”, decía. Gobernaba con principios y con la idea kantiana de que mi acto tiene que ser un acto

de todos, y un acto válido que tiene que ser sacado a la luz. Gobernaba contra lo corrupto, contra el pecado, contra el mal. Sus problemas eran los grandes problemas de los políticos: la libertad, el libre albedrío, la igualdad. Para mi padre, los partidos políticos eran las instituciones básicas de la república. Era un republicano convencido, antimarxista y kantiano.

Crónica de un golpe anunciado

Cuando fue el golpe, mi mamá estaba muriéndose en Estados Unidos con cáncer. Tenía 49 años, yo tenía 26. Uno de mis hermanos la acompañaba y el otro era muy chico. Mi padre vivía en la Casa de Gobierno. Yo estaba a cargo de un lugar que consideraba siniestro: la Quinta de Olivos, un lugar en el que no quería vivir.

Ese día fui a la facultad como siempre. Ya sabíamos del golpe: en la facultad se sabía y él también lo sabía. Era obvio. Cuando salí de la facultad, me dijeron: “Hay un golpe”. Me fui directo a la Casa de Gobierno donde me encontré con mis amigos. Estaban los muchachos, los radicales. Desde Juan Octavio Yuyo Gauna hasta Horacio Costa. Gustavo Soler, que era mi marido. Toda la gente de la Federación Universitaria Argentina, muchos de nosotros, que estábamos por la laica en la época del señor Frondizi. Jorge Garland que era director de Aduanas. En un momento dado, nos dimos cuenta de todo lo que se venía. Lo

sabíamos, pero no lo creíamos. Entonces nos fuimos a la Aduana a buscar armas. Yo no sabía tirar, pero bueno. Nosotros pensábamos que se podía resistir, pero éramos muy jóvenes. Queríamos resistir, pero no teníamos con qué.

La noche del golpe, cuando los militares prácticamente estaban entrando, mi padre conversaba con la gente del Consejo de Ciencias y con Leloir, ellos eran muy amigos. Mi padre estaba tranquilo como un buda. Cuando el general Caro bajó, lo tomaron preso. Ese fue otro de los dramas. En un momento de la noche, mi padre se fue a la pieza. Entonces Zavala Ortiz me dijo: "Tenés que ir a ver qué pasa". Entré y lo vi fumando, mirando por la ventana, sentado en la cama. Tranquilo, siempre tranquilo. Le dije: "¿Vos qué hacés? ¿Te pegás un tiro? ¿O a estos tipos los matamos y tiramos por la ventana?". Él me miró como siempre me miraba, así medio despectivamente, y siguió fumando. No me contestó nada. Esa calma la conservó durante todo el proceso. Una calma total. Parecía en otra dimensión.

Mi padre era alto. Cuando él pasaba, la gente se ponía de pie. Imponía respeto. Muy serio, muy callado, encorvado, parecía un Papa. Yo le decía que tenía facha de cura. Cuando llegó el general Julio Alsogaray pareció un enfrentamiento entre un rey y un mendigo. Alsogaray era un petiso que hasta yo insulté. Le dije a Horacio Costa que me diera el revólver. Igual no sabía tirar, estaba medio sacada. Nos quedamos ahí hasta la

madrugada.

Cuando ya nos empujaban del todo, él estaba quieto. No se pensaba mover. Le dije: “Bajemos, papá, bajemos porque...”. Era una situación muy trágica porque mi madre estaba muy grave. Murió muy pronto después de todo esto. Bajamos, él subió al auto y me dijo: “Andá a Olivos y sacá todo”. Entonces fui con mis amigos. Parecíamos la Armada Brancaleone. Éramos veinte o treinta en varios autos. Chicos jóvenes. Levantamos todo, la ropa, recuerdos, libros.

Cayó con sus banderas

Después del golpe hizo lo que se le dio la gana. Siguió como siempre, siempre fue el mismo. Era un tipo hermético. Muy callado, no mostraba muchas emociones. Eso nos daba fortaleza porque no había que consolar a nadie. Podíamos seguir haciendo nuestras cosas. En un punto él estuvo feliz de poder volver a caminar por la calle y recorrer el mundo.
Iba en avión y no llevaba boleto. Se iba a mirar las estrellas con los que manejaban el avión. Bajaba en cualquier país y no le pedían documentos.

Yo siempre estaba grabando, me gustaba grabar mucho con militares, con peronistas. Tengo una grabación del coronel Ballester, me hice muy amiga de él. Fue uno de los que rodeó con tanques la Casa de Gobierno. Ballester me contó que cuando entraron a la Casa de Gobierno,

abrieron la caja fuerte y encontraron todos los gastos reservados, salvo dos expedientes pequeños que eran para unas operaciones médicas en Europa. Los fondos de casi tres años estaban ahí. Nunca los había tocado. Me cuenta Ballester que cuando vieron eso, los militares dijeron: “¿Para qué habremos sacado a este tipo?”.

Mi padre era estoico, se jactaba de no necesitar nada. Era demasiado fuerte para que le importaran las cosas materiales. Un ser muy especial. Un caballero de verdad. Así pasa a la historia argentina: como alguien que cumplió con su palabra y cayó con sus banderas. Los demás negociaron, abdicaron; él no. A lo mejor, para él, que lo derrocaran fue una victoria. Querían que interviniera Tucumán, que interviniera la universidad, que abdicara de lo que pensó toda su vida. Pero él no, él quería dar el ejemplo.

Borja Cordeu Illia

Nieto de Arturo Illia y segundo hijo de Emma Illia.

Músico y cineasta.

Nació en 1979.

La figura de mi abuelo

Tengo recuerdos de mi abuelo de cuando yo tenía tres años. Era muy chico, pero tengo recuerdos. Íbamos a verlo mucho al hotel Bristol, donde desayunábamos los sábados con él. Venía a mi casa y, aunque era un hombre reservado, era muy cariñoso. Quizás yo no fui el nieto buscado por él, porque el segundo matrimonio de mi madre, con el doctor Cordeu, no fue de su agrado. Pero después me quiso de todas maneras.

En el año 1983, cuando murió, yo tenía 3 años. Mi construcción de Illia es a posteriori, a través de la vida política de mi familia. Yo me acuerdo, en el año 1985, de estar en Corrientes con el hijo de Romero Feris saltando por su casa, por unos tejados, porque íbamos a un acto en conmemoración de mi abuelo. Iban a poner un busto. También me acuerdo de ir a poner

una placa de Arturo Illia en algún colegio u hospital. Así, de a poco, fui teniendo contacto con la figura de mi abuelo.

Illia es un personaje misterioso que no es fácil de develar, un hombre muy hermético. Yo lo conocí poco, pero mi madre ha hecho un gran trabajo con la memoria oral, que permite que uno se vaya haciendo una idea de la persona. Era un personaje muy singular. Un tipo superautocontrolado; pero, al mismo tiempo, un jugador y un aventurero. No nos olvidemos de sus experiencias en el viaje iniciático a Dinamarca. Ese viaje le abrió la cabeza respecto de los sistemas totalitarios de Europa. Ahí vio el mundo que se desarrollaría en los siguientes veinte años, el período de su vida política.

Durante la Década Infame, ante la posibilidad de que Córdoba fuera intervenida, Amadeo Sabattini envió a Illia a Paraguay y Bolivia a buscar armas. Eran armas que habían quedado de la época del Chaco paraguayo. Ese tipo de datos no se conocen mucho. Que Illia haya ido a buscar armas a la selva boliviana, al Paraguay, nos presenta un personaje particular. Porque está la imagen de Illia como médico de campo, "buenudo", pero él era un tipo de mucho carácter y grandes ideas. Era un pacifista, por ejemplo; pero, si tenía que ir a comprar armas, lo hacía.

Un peregrino en la política

El "Illia folclórico" es el Illia que crearon los medios de comunicación en los años sesenta. Esta visión sesgada lo presentaba como una persona que no podía tomar decisiones correctamente. Un incapaz, lento, el "viejito Illia". Obviamente, esta construcción les cupo a los grandes intereses que atentaron contra su gobierno debido a lo que él, acertadamente, estaba llevando adelante. Es la visión de "la tortuga" de Landrú, o Carlos Garaycochea, que hace poco me escribió diciendo que quería reivindicar la imagen de Illia. Esta fue una visión parcial, y no el verdadero Illia que conoció la gente en cada pueblo, en cada ciudad y en el mundo.

La gente conoció a un Illia imponente, majestuoso. Muy reservado, pero cuando hablaba decía las palabras justas. Y su gobierno demuestra eso: era una persona con un sentido muy importante de la palabra empeñada. Lo que planteó y prometió en su plataforma electoral lo cumplió a rajatabla. Era una persona con mucha decisión, no era ningún "buenudo". Parecía alguien de otro mundo, estaba adelantado cuarenta, cincuenta años. En ese sentido, era una persona que marcaba otros valores. Vivía en Casa de Gobierno toda la semana hasta el viernes a la noche, cuando se iba a Olivos. Eso es algo que seguro traía de su vocación de médico rural y de atender a cualquier hora. Trabajaba todo el día. Por eso se tomaba quince minutos a la tarde para dormir una siesta que, en realidad, era una forma de meditación.

Tenía una relación muy particular con el dinero, de mucho desprendimiento. Yo me acuerdo de estar con mi abuelo en el hotel Bristol un sábado a la mañana comiendo chocolate. Sacarle un chocolate al viejo Illia no era nada fácil, porque nunca tenía plata en el bolsillo. Los sueldos que ganaba como presidente los guardaba en una mesita en la Casa de Gobierno. Al tercer mes, mi abuela no tenía con qué pagar los gastos comunes de la quinta de Olivos, y era porque el hombre se había olvidado de llevar la plata a la casa.

Hay otra anécdota de los años cuarenta. Estaba ejerciendo como médico en Córdoba y tenía un compañero, el Dr. Gibret, que un día le dijo: "Mire, don Arturo, me compré este traje nuevo. ¿Qué le parece? Estoy tan contento". Pasaron los meses y Gibret empezó a ganar más plata. Un día le consultó a la tesorera del hospital por el aumento de sueldo que había recibido. Fue así como se enteró de que Illia le estaba donando su sueldo. Gibret, enfurecido, le preguntó a mi abuelo por qué estaba haciendo eso, y el viejo Illia le confesó entonces que le había mentido esa mañana, cuando le preguntó por su traje. Si bien le había dicho que le gustaba, en realidad, le parecía muy feo. Por eso quería que ganase más, así podría comprarse un traje mejor.

Esas son las anécdotas del viejo Illia, un desprendido material. Era una persona de hacer esas cosas, sin posesiones. De vivir con su maleta, un trashumante. A veces digo que era como un rock star de la política,

salvando algunas cosas del rock star, pero vivía de gira. Era un peregrino, vivía de pueblo en pueblo. Se hospedaba en la casa de la gente con sus dos trajes y lo que le convidaban, así vivía. Era una persona de otro mundo, indudablemente.

Demócrata hasta el final

Illia fue un presidente que sostuvo sus banderas hasta el final. Incluso sabiendo que podía caer, siempre pensó en el largo plazo. Nunca medró con la especulación y el cortoplacismo. Por eso creo que es un personaje fundamental del siglo XX –y creo que del siglo XXI también–. Por ejemplo, con el proyecto de la confederación argentino-chilena con capital en Córdoba, uno se da cuenta de que fue un político que pensaba en una Argentina cincuenta o cien años a futuro. Seguramente, en ese entonces la Argentina no estaba preparada. En los años sesenta, había mucha mezquindad, tanto en el sector empresarial como en el político y en el sindical. Todos conspiraron, apuntando al cortoplacismo, contra un país que apuntaba cincuenta años adelante.

Otros temas fundamentales fueron el respeto y la libertad que tuvo su gobierno. La libertad. Illia asumió un 12 de octubre. El 17 de octubre, cinco días después, los peronistas pudieron hacer su acto en plaza Once, él levantó la proscripción. Ese primer acto político fue fundacional en su gobierno. También está la célebre frase de Leloir. A nivel artístico existió el Di Tella, por ejemplo. Nuevos artistas, con Romero Brest a la cabeza,

tuvieron total libertad para desarrollar nuevas disciplinas en el arte. El happening, la calle Florida. La contracultura del hippismo en esos años llegó a la Argentina. Esa fue la tierra fértil que el gobierno de Illia supo brindar.

Con la mal llamada “Revolución Argentina” y la Noche de los Bastones Largos, todo eso desapareció. Pero es muy interesante, por ejemplo, analizar el surgimiento del rock en la Argentina que, si bien nace en el año 1967, su germen fue en 1964, 1965, durante el gobierno de Illia. Ahí emergió la parte más pop, lo mainstream: el Club del Clan, Canal Trece, Palito Ortega, Johny Tedesco. Lo nuevo –Moris, Javier Martínez, Manal, Almendra– surgió después, pero su germen está en los sesenta. Esa búsqueda desenfrenada al viejo Illia seguramente no le gustaba, él prefería todo dentro de la ley. No le gustaba el rock, sino la música clásica y el folclore. Pero en su gobierno las libertades estuvieron garantizadas y estos espacios de contracultura tuvieron el potencial para desarrollarse y tomar vuelo.

Galo Soler Illia

Nieto de Arturo Illia.

Doctor en Química especializado en nanotecnología.

Investigador principal del CONICET. Profesor universitario en Argentina y en Francia.

Nació en 1970.

Mi abuelo, el presidente

En mi casa siempre se respiró política. Mis padres eran militantes radicales. Ambos estaban en contacto con los exmiembros del gabinete de Illia. Yo nací en 1970, cuando mi abuelo ya había dejado el poder. Él era mi padrino. Lo recuerdo de mis cumpleaños, tengo recuerdos muy familiares. Me decía “gaucho”; me contaba cuentos, poemas. Le gustaba el Martín Fierro, una cosa muy extraña para mí ahora.

En casa se hablaba constantemente de lo que estaba haciendo, porque él viajaba muchísimo por Europa. Hacía campaña por la Argentina para tratar de arreglar las cosas desde donde podía. También ayudó bastante a mi familia cuando tuvimos problemas, porque mi padre, que defendía

presos políticos, fue secuestrado. Mi abuelo organizó todas sus redes para poder recuperarlo rápidamente. Pese a que no estaba, era una figura con mucha presencia entre nosotros.

Me impresionaba mucho caminar con él. La gente se daba vuelta a mirarlo, a veces lo saludaban. Era una figura que imponía mucho respeto y mucha distancia. Sin embargo, era una persona muy afable cuando le preguntaban algo o se acercaban.
Siempre entablaba un pequeño diálogo.

Todos estos recuerdos son de mi infancia. Después ya no lo vi tanto. Estudié en un colegio privado de Palermo Chico; ahí nadie sabía quién era Illia, no tenían esa impronta política. Pero el secundario lo hice en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Entré en el año 1983, justo cuando él murió. Ahí sí me decían: "¿Vos sos el nieto de Illia?". Yo no podía entender demasiado la dimensión de las cosas.

Me acuerdo de tener 12 años, el 18 de enero de 1983, cuando me dijeron que había fallecido. Yo estaba de vacaciones y me volví a Buenos Aires. Veníamos de la guerra de Malvinas. Los militares ya habían mostrado su peor cara, la gente estaba harta y no tenía figuras. El gobierno militar que venía a reorganizar a la Argentina había sido un gobierno fascista, corrupto y asesino, y se estaba acabando. Cuando el pueblo se dio cuenta de esto, volvió a las referencias que tenía. Una de esas fue el viejo

Illia. Cuando murió él, fue el acto cero de la democracia. Recuerdo que estábamos muy tristes y recuerdo también la cantidad de gente que había. Quizás no eran admiradores de Illia, pero eran admiradores de lo que representaba. Era el presidente democrático que no había podido terminar su mandato. Era el presidente que no había tenido la oportunidad de demostrar que podíamos vivir en un país mejor.

Más budista que gandhiano

Mi abuelo tenía una memoria prodigiosa. En sus épocas de político de territorio, cuando iba a Neuquén y se encontraba con los miembros del comité radical, él se acordaba de los nombres de todos. Incluso los nombres de sus hijos y quizás los cumpleaños. Era una persona que vivía para el pueblo. Esa vocación de servicio estuvo siempre, desde el momento en que decidió ser médico.

Su marca fue la honestidad, la transparencia y la eficiencia. Nosotros por ahí, en el siglo XXI, estamos acostumbrados a políticos que viven en mansiones. A él le compró una casa el pueblo. Eran otras historias éticas. Illia era despojado, tenía una personalidad austera. El radicalismo, y en particular el radicalismo sabattinista, tenía una ética al servicio del pueblo. Había una mística de servicio al pueblo. En ese sentido no hay pobreza posible.

Illia era un hombre que apostaba por lo colectivo. No era un caudillo, había sido elegido por el pueblo. No tomaba decisiones solo, sino que decidía en función de su partido. Tampoco se presentaba como el salvador de la patria, porque él se consideraba miembro de un colectivo. Y, sobre todo, odiaba los personalismos y los fascismos, algo que vivió cuando estuvo en Dinamarca en los años treinta, durante el despertar del nazismo.

Plasmar una idea colectiva desde el campo de la ética y de la acción. Eso resume lo que es Arturo Illia. Una persona con dinamismo y con capacidad ejecutiva. Tenía una mente muy analítica. Incluso podría haber sido un gran investigador científico. Esa cuestión de tomar y analizar los datos de la realidad, y luego accionar, lo convierte también en un hombre de ciencia. Él era muy pragmático. No se quedaba en la ideología. Era un tipo que resolvía problemas. Eso me dejó una marca. Pero creo que él, Arturo Illia, mi abuelo, la mayor marca que me dejó, y que a su vez es un peso, es la ética. Teniendo su nombre delante, no hay otra manera de encarar un camino que no sea a partir de la ética.

Gandhi era un espejo muy importante. Illia tenía esa visión de la no imposición. Finalmente, hacía lo que hizo Gandhi: dejaba que las cosas sucedieran, trataba de modificar el comportamiento de la gente a partir de su ejemplo. Pero lo fundamental era la no violencia. De hecho, él pudo haber evitado el golpe. Podría haber tomado prisioneros; podría haber

encarcelado, enjuiciado e incluso fusilado por traición a la patria a los jerarcas de las Fuerzas Armadas que llevaron a cabo el golpe, porque tenía soldados leales en algunas guarniciones. Pero él prefería que la gente se diera cuenta por sí sola, no quería imponer. Tal vez se equivocó. Por ahí pensaba que la gente tenía que merecer el modelo de país. Yo diría que era más budista que gandhiano.

Mi abuelo soñaba con un país moderno en el sentido de un país de avanzada. Apuntaba a volver a los primeros planos mundiales. Para eso, era necesario resolver los conflictos del país. Si el peronismo estaba proscripto, había que sacar la proscripción –a riesgo de perder las elecciones–. Había que ser capaz de pedirle a la ONU que apoyara el reclamo para recuperar las islas Malvinas, que es otra cosa que se logró. Se pudo bajar el nivel de conflictividad. Y es importante eso porque, al bajar los conflictos, la gente se puede ocupar de producir.

"Se puede avanzar, se puede estar en el primer mundo, se puede ser moderno". Dos años y ocho meses, lo que duró su gobierno, no es mucho tiempo. Sin embargo, se logró dar vuelta situaciones muy desfavorables atacando los problemas con valentía y pragmatismo, y con el escudo ético que brindaba también el partido y su trayectoria.

Una breve edad de oro

Si bien soy nieto de Illia, también soy científico. Me he formado en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales. Uno de mis ídolos de la infancia fue Leloir, el premio nobel argentino de química. De chico quería ser como él. Y fue Leloir quien dijo que, durante el gobierno de Illia, hubo una breve edad de oro de la ciencia, la educación y la tecnología argentina. Fue una época en la que se conjugaron muchos aspectos positivos. Había cierta disposición, cierta plataforma para poder crear buena ciencia y tecnología. Había libertad para expresarse y para investigar lo que uno quisiera, algo esencial para cualquier sistema educativo y científico. Y había una actitud fuerte del gobierno, que efectivamente financiaba esa ciencia y abría, por ejemplo, escuelas técnicas (alrededor de trescientas en todo el país), abría cursos nuevos, traía gente de afuera, mandaba gente al exterior a perfeccionarse y la repatriaba. El presupuesto se destinaba a lo importante, que era armar ese invernadero o esa incubadora de lo que fueron los científicos.

Por otro lado, estaba la planificación. Se apuntó a varias ramas de desarrollo, hidroeléctrica y nuclear entre otras. Fue fundamental el sustento de la república para la ciencia y el conocimiento. Hay muchas cosas que se ignoran. Un ejemplo de hace poco es el litio. Ahora está de moda porque todos nuestros teléfonos celulares lo utilizan para el funcionamiento de las baterías. Nosotros tenemos una gran reserva de litio, y eso se mapeó durante el gobierno de Illia. Los mapas geológicos de

los salares se hicieron en esa época. Se trabajaba no solo en el desarrollo de tecnologías, sino que había un énfasis en tecnologías estratégicas. Se pensaba en el conocimiento como un medio que nos permite el progreso.

La Noche de los Bastones Largos

Hoy, a estas alturas del siglo XXI, todos sabemos que apoyar la ciencia y la tecnología de un país es lo más importante que tenemos que hacer, porque es la manera de generar riqueza y empleo de alta calidad, y de erradicar la pobreza. La Noche de los Bastones Largos y el gobierno militar truncaron un proyecto de país. Fue un quiebre fuerte respecto del modelo que se pretendía en la época de Illia. El que se impuso después, con los golpes militares y con la seguidilla de crisis que hubo en los años setenta, es el modelo antagónico. Por un lado, el modelo de generar tecnología, bases nucleares, desarrollo tecnológico y, por el otro, el que sigue el razonamiento “si hace falta tecnología, se compra”.

En esa época, en Argentina, se estaba haciendo ciencia de altísima calidad. Con el golpe creo que se fue el setenta y cinco por ciento de la gente. Emigraron a Brasil, a Chile, a Canadá, a Estados Unidos, a Francia. Esto es muy penoso porque, por ejemplo, los desarrollos de baterías de autos en Brasil están hechos por argentinos. El sincrotrón es un laboratorio maravilloso de Brasil de alta complejidad que fue construido, en parte, por esos argentinos. Esa generación se fue y regó de ciencia al

resto del mundo.

Nosotros teníamos el material humano, que es lo más difícil de tener. Cuando uno hace carrera científica se da cuenta de que, si tiene el dinero necesario, los equipos los puede comprar, pero el capital humano es dificilísimo de conseguir. Es como una planta que uno riega. Cuando terminó esa suerte de invernadero que fue la época de Illia, tuvimos brotes y plantas promisorias que se plantaron en otro lugar y dieron sus frutos allá.

Me eduqué, desde los 12 años, en instituciones públicas. Primero, el Colegio Nacional de Buenos Aires; después, Química en Exactas. Tuve muchos profesores que estuvieron en la Noche de los Bastones Largos. Se fueron del país y volvieron con el retorno de la democracia. No olvidemos que muchos intentaron volver antes y fueron perseguidos, algunos fueron desaparecidos durante el Proceso. Pero todo empezó la Noche de los Bastones Largos. El cisma que hubo ahí es evidente aún hoy.

Tuve la suerte de tener profesores que repoblaron la institución con criterios de competitividad y calidad internacional. También con mística. En ellos estaba instalado el ideal de esa universidad de oro que querían recrear. Y en parte se logró. Es como la llama de los Juegos Olímpicos... Con la democracia volvió, al menos en Exactas, esa mística del esfuerzo; de invertir en educación; de hacer las cosas bien, de manera patriótica, con sacrificio, con fuerza y con calidad.



Cumpleaños de Galo Soler Illia. Archivo familiar.

El discurso de la prensa

Roberto Di Sandro

Periodista del diario Crónica.

Decano de la Sala de Periodistas de la Casa de Gobierno desde hace 67 años.

Un ejemplo de la democracia

Sesenta y ocho años estuve en la Casa de Gobierno, desde 1947 hasta hoy. De todos los presidentes que conocí, veintisiete hasta ahora, Arturo Illia fue uno de los hombres más grandes. Un hombre extraordinario. Presidente de la nación y médico. Cuando veía a algún granadero que estaba medio amarillo, detenía cualquier actividad y lo atendía. Absolutamente austero, nunca tenía una palabra contra nadie. Siempre fue un hombre equilibrado, de una generosidad y una sensibilidad muy grandes.

Iba muy poco a la residencia de Olivos, se quedaba siempre en Casa de Gobierno. Tenía un perro muy fiel. Su austeridad fue realmente única. No gastaba un peso. No tenía un peso. Debe ser el único presidente que

nunca tocó los gastos reservados. No hubo otro así. Lo digo como periodista, por lo que vi adentro de la Casa de Gobierno y sus alrededores.

Sus paseos eran famosos. Manuel García, el intendente en aquella época, tenía que correr por todas las calles de Buenos Aires para buscarlo. Desaparecía. Cuando lo iban a buscar a su despacho, de golpe no estaba. Era imposible pararlo. Salía por una puerta de atrás de la Casa de Gobierno, se sentaba en plaza Colón, hablaba con la gente. Era un tipo especial. Una vez se sentó con un linyera que pedía limosna en la Catedral. Se puso a conversar con él y le preguntaba qué necesitaba. Como Illia estaba de espaldas, la gente pasaba y no lo veía. Lo encontramos así. Manuel García sudaba.

Después de haberlo echado, cuando empezó a gobernar el presidente de facto Onganía, se terminó todo ese andamiaje de democracia, de republicanos, de diálogo. Quedó un vacío tremendo. Uno, dos o seis meses después, todos se arrepintieron. Nadie sabe por qué lo sacaron a Illia. Es cierto que estaba peleado, entre comillas, con los poderosos. Nadie cree que se puede pelear por lo nacional como lo hizo él. Y siempre hay intereses creados, cosa que él no tenía. Por todo esto hubo un gran arrepentimiento que continúa hasta hoy.

Arturo Illia fue un valiente. Un ejemplo de la democracia. Garantizó la

libertad de expresión. Tuvo la valentía de anular los acuerdos petroleros teniendo encima el peso de un montón de extranjerizantes que querían aplastarlo. Era muy nacionalista. Hizo una serie de obras sociales muy importantes. No hay que olvidarlas. Se lo dice alguien que viene de otro partido; yo soy peronista de Juan Perón. Arturo Illia nunca desechó logros de los trabajadores, porque él arrancó con el logro de los trabajadores.

Un periodista en la Rosada

El periodista en Casa de Gobierno está para informar. Para eso hay que tener contacto con los gobernantes. Con Illia lo teníamos, accedíamos a la información excesivamente. Podíamos entrar hasta el límite de los despachos, yo lo viví. A él le gustaba estar con la prensa. Su estilo era sentarse con los periodistas, caminar con los periodistas. En esa época había pocas salidas al aire de la cadena nacional. Sí había actos celebratorios de las efemérides nacionales, conferencias de prensa que no tenían gran preparación. Nos citaba en su despacho y hablaba. Nosotros le preguntábamos de todo y él contestaba de todo. A Illia se le podía hacer cualquier pregunta. Era una persona con la que uno no podía discutir: se podía dialogar, pero nunca gritar. Nada de violencia.

Lo que él decía tenía un significado especial. Buscaba siempre la unidad, una identidad entre todos los argentinos.

Hugo Gambini

Periodista e historiador. Se desempeñó en distintos medios gráficos y televisivos de Argentina.

En 1973 fundó la revista Redacción, que dirigió durante 30 años.

Un presidente incomprendido

A Illia lo conocí después de que fuera presidente en una cena en la casa de Bernardo Grinspun, ministro de Economía del gobierno de Alfonsín. Hablaba muy poco. Era muy discreto, sin grandes expresiones. Esa noche estuvo de acuerdo con muchas de las cosas que nosotros decíamos sobre el pacto sindical-militar que lo derrocó. Hubo gente a la que solo le importaba llegar al poder y hacer plata. Los empresarios que se manifestaron a favor de los militares lo hicieron porque Onganía iba a gobernar para ellos. También el arreglo que Alfonsín, muchos años después, llamó "el pacto sindical-militar": la componenda entre grupos gremialistas y los militares.

Illia dejó como huella un gobierno tranquilo, mesurado, con libertad

de prensa. No persiguió a nadie, dejó hacer. Muchos que se quejaron después lo extrañaron. Yo discutía con amigos que querían la cosa más “calentona”, personalidades como las de Perón o Frondizi. La imagen de Illia era totalmente gris, difusa. Eso le jugaba en contra. A pesar de haber motorizado cosas importantes, se lo veía como un presidente débil. No tenía eso del presidente que grita, que hace propaganda. Entonces parecía que la Argentina no funcionaba. Hizo muchas cosas bien, pero no tenía la prensa. Eso lo debilitó, lo diluyó.

Illia fue un buen abuelo para todos los argentinos. Fue el abuelo que todos necesitábamos, y eso no vende políticamente. Fue un gran administrador, pero también fue un presidente incomprendido. Y a un incomprendido no lo defiende nadie. Los militares vinieron e hicieron lo que quisieron. Y así nos fue, cada vez más violencia, cada vez más guerrilla; y los militares, haciendo barbaridades. Felizmente, eso terminó.

Opositores por naturaleza

Entré a la revista Primera Plana cuando Illia aún no estaba en el gobierno. Al poco tiempo hubo elecciones. El peronismo estaba proscripto. Illia se presentó con el partido radical y ganó con el 25 % de los votos. En Primera Plana todos teníamos distinta ideología política: había nacionalistas, radicales, socialistas, derechistas, peronistas. Había de

todo. Si bien Ramiro de Casasbellas, un excelente periodista, era el director de la revista, Timerman dictaba la línea editorial.

Timerman no quería demasiado a Illia, venía del frondizismo y se había dividido de una rama del radicalismo. En la revista había un clima desfavorable al presidente. Algunos no estábamos de acuerdo con eso, queríamos que Illia siguiera porque garantizaba la libertad de prensa. Pero el que está arriba manda, y la línea era hacer notas en contra de Illia. En ese momento pasó algo dramático: alguien dijo que Illia era una tortuga porque no tomaba decisiones rápido. Entonces los dibujantes crearon ese personaje. Esa idea fue explotada por la oposición. Sobre todo, por el peronismo y grupos de derecha. El periodismo tomado con humor fue bastante dramático para Illia.

Illia y Perette, su compañero de fórmula, eran gente de muchísimos años en el radicalismo, pero no tenían gran popularidad. Tampoco la buscaban. Y eso no generaba noticias ni historias atractivas para el periodismo. Illia pensaba que no tenía necesidad de publicitar sus actos de gobierno, esperaba que el pueblo solo se diera cuenta de que él era un buen gobernante. Yo creo que fue un error. Los actos de gobierno hay que publicitarlos siempre, mesuradamente y sin mentir. Hay que decir lo que se hace. Pero él no creía en eso, le parecía fascista.

Recuerdo que salió una nota que destruía a la mujer de Illia. Esa nota

no la hicimos nosotros, los periodistas, la hizo el jefe de redacción. Recuerdo, también, que presencié una discusión entre Casasbellas y Troiani: "Ustedes están serruchando la rama del árbol donde estamos sentados todos. Se va a caer la rama, se va a caer Illia, nos vamos a caer todos", decía Troiani. Pero Casasbellas se reía y lo negaba. Al final ocurrió eso: serrucharon la rama, se cayó Illia, nos caímos todos. Una de las primeras decisiones que tomó el gobierno de Onganía fue clausurar la revista. También clausuró Tía Vicenta, la revista de Landrú. Se tomaron varias medidas así.

El periodista es opositor por naturaleza, es crítico. Si lo de arriba es bueno, se critica para que sea aún mejor. Los periodistas no estaban en contra de Illia, pero se dejaron llevar por el clima de la época y por la idea de su lentitud para tomar decisiones. Los que estaban en contra –los militares– aprovecharon eso y le dieron bastante manija. Como Illia no se sabía defender, se creó la idea de que "había que sacarlo", y eso caló hondo en la gente. El país no respondió, nadie salió a la calle a defenderlo. Hubo alrededor de doscientos estudiantes en la Casa de Gobierno el día que lo echaron. Pero no hubo una patriada, no hubo una sola marcha, nada.

La construcción de un golpe

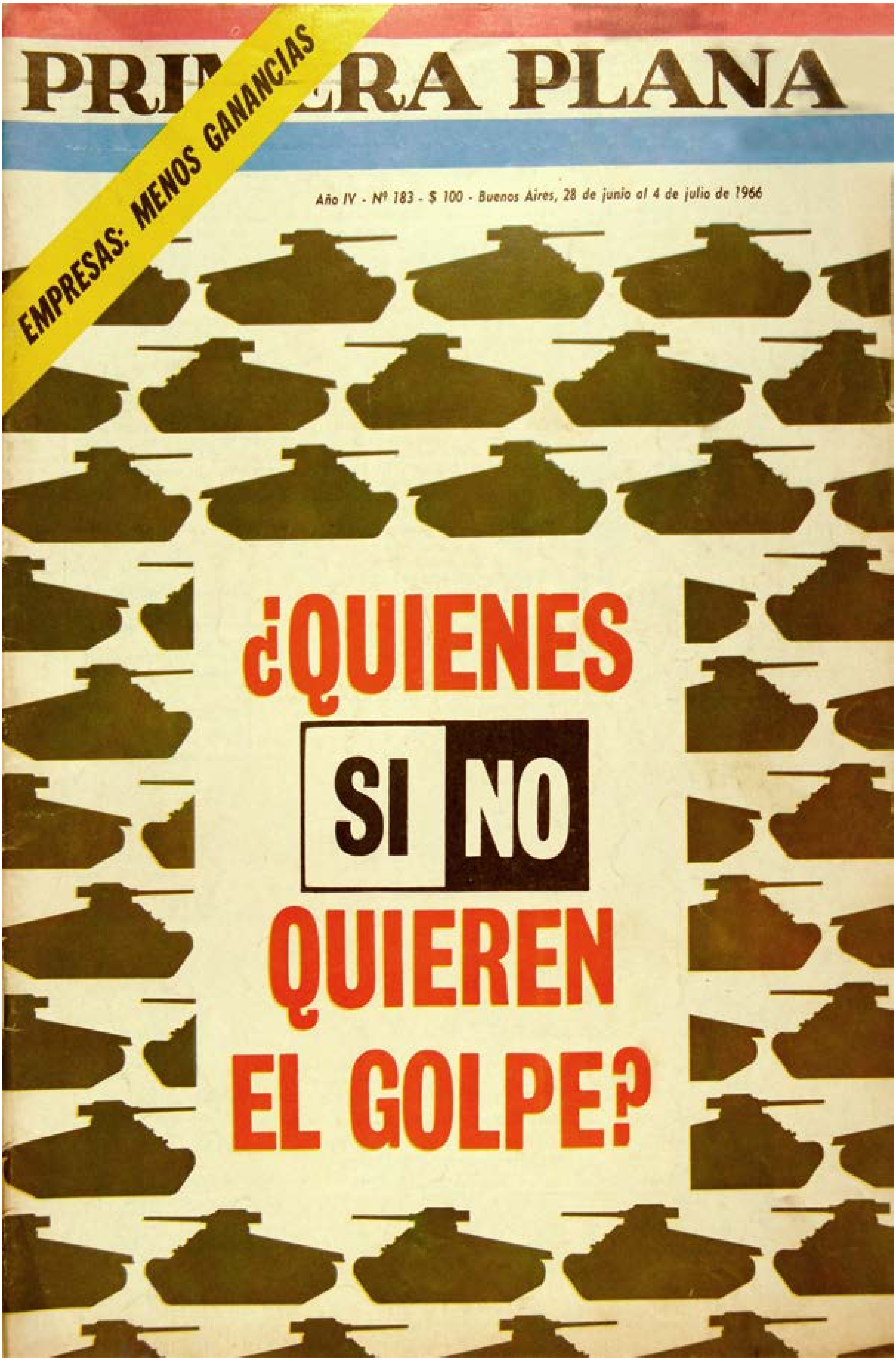
La noche del golpe, Illia no se defendió. Siempre pienso que alguien que llega a la presidencia tiene que arriesgar su vida en un momento como ese, como hizo Salvador Allende en Chile. Pero Illia no era capaz de hacer eso, ni le interesaba. Ese día me desperté con el llamado de un tío que me dijo: "Che, lo echaron a Illia." Me enteré así. "Ahora se va a arreglar el país", me decía él. Yo le respondí: "¿Vos también creés que se va a arreglar el país porque lo echen a Illia?". Después supe cómo lo echaron, que se fue en taxi, que los muchachos de la FUBA y de la juventud del radicalismo estaban ahí.

Cuando lo echaron, no hizo ninguna declaración. Lo echaron en junio y recién en diciembre hizo un descargo explicando qué era lo que había pasado, cómo había sido el golpe, qué es lo que habían anulado. Dejó pasar seis meses. Eso demuestra que él no tenía vocación de poder. Eso es terrible, porque la vocación de poder, cuando es legítima, es importante. Se trata del presidente de la nación, que no es poco. Pero Illia no la tenía, y eso le jugó en contra.

Dos días después se juntaron los generales del golpe y lo nombraron a Onganía. Yo estaba en la calle y se me ocurrió meterme en la Casa de Gobierno. Tenía un carnet de periodista y nadie me pidió nada. Entré, empecé a caminar, llegué hasta el Salón Blanco. Nadie me detuvo. Ahí

vi a todos los dirigentes sindicales. Los secretarios generales de todos los sindicatos, los de los comités de huelgas, todos. Festejaban, estaban felices de que se hubiera ido Illia. “Ahí viene el nuevo presidente”: apareció Onganía del brazo del cardenal Caggiano. Al final era eso: un gobierno bastante “fascistón”, de militares, sindicalistas y la Iglesia católica, que lo apoyaba. La Iglesia también fue culpable de lo que pasó. Todos ellos derrocaron a Illia.

El gobierno de Illia representó la posibilidad de que el país se levantara. No lo dejaron. A cincuenta años de la caída, nadie discute que fue un buen gobierno. Pero en ese momento no fue así. Después del golpe se esperaba que Onganía hiciera muchas cosas. Pero fue un gobierno mediocre, como todos los gobiernos militares. Al año se empezó a ver el desgaste y los arrepentimientos. “No sé para qué lo echamos”, decían incluso algunos sectores militares.



Tapa del semanario *Primera Plana*, un día después del golpe. Imagen: Archivo Hemeroteca de la Biblioteca Nacional.

Testigos de Casa Rosada

Aliberto Rodrigáñez Riccheri

Coronel de Caballería retirado.

En 1966 prestaba servicios en el Regimiento

de Granaderos a Caballo del General San Martín

como jefe del destacamento de la Casa de Gobierno.

Memorias de un granadero

Cuando se produjo el golpe de Estado, el 28 de junio de 1966, yo era teniente primero. Prestaba servicios en el Regimiento de Granaderos a Caballo del General San Martín y era jefe del destacamento de la Casa de Gobierno. Cumplíamos servicio periódicamente allí con un destacamento, otras semanas lo hacíamos en la residencia presidencial de Olivos. Nuestra función era una mezcla de seguridad y protocolo.

Estuve cerca del presidente Illia desde 1965 hasta el golpe. Yo venía de estar un año en la Antártida y encontré todo muy novedoso. El doctor Illia era muy amable y fácil en el trato. Era muy campechano, muy llano. Sus conversaciones eran siempre interesantes. Hablaba con mucha

naturalidad de temas que a algunos les pueden resultar comprometidos. Tenía la costumbre de vivir en la Casa de Gobierno durante la semana. El fin de semana se iba a la residencia presidencial de Olivos. Tenía una vida sencilla, incluso sus comidas eran muy frugales. Su trato con los que lo rodeaban era llano. En muchas oportunidades conversé con él, he cenado con él. Recuerdo que en una oportunidad tuve que tragar con esfuerzo su humilde cena porque acababa de comer la abundante que nos solían traer de un hotel de por ahí cerca. Pero, si te invita un presidente a cenar, uno no le puede decir: "Ya comí, señor presidente".

En la Casa de Gobierno, el doctor Illia atendía asuntos de Estado, de los cuales se liberaba bastante en Olivos, si bien en alguna oportunidad también concurrían funcionarios o tenía alguna reunión oficial. Trabajaba hasta tarde. Después cenaba y se iba a su dormitorio. Muchas veces se escapaba. Se iba a caminar por Plaza de Mayo o se iba a algún café, generalmente acompañado. Esto generaba gran revuelo, sobre todo, en su seguridad personal, cuya responsabilidad era la vida del presidente. No eran granaderos y lo advertían tarde. Él se iba y volvía con toda naturalidad.

El doctor Illia nunca dejó de ser el médico de pueblo. Se fijaba si los granaderos estaban bien. Una vez hizo retirar a un granadero porque estaba pálido. Otra vez, me contaron, detuvo el auto en el recorrido entre la Casa de Gobierno y Olivos para atender a una persona que

estaba desvanecida. Yo, personalmente, asistí a un episodio muy original que lo pinta de cuerpo entero. Antes de retirarse de la residencia presidencial, solía buscarlo el jefe de seguridad –en ese momento, el teniente coronel Rodríguez– para acompañarlo en su regreso a la Casa de Gobierno. Ni bien llegó, yo observé que tenía algo en el ojo. El doctor Illia le preguntó qué le sucedía y el coronel le respondió que creía tener un orzuelo. Illia lo revisó y llamó a su mujer: "Chunga, traé agua de Alibour que acá el señor Rodríguez tiene un orzuelo". Efectivamente, vino la señora del presidente y lo curó con un algodoncito. Yo le dije a Rodríguez: "Coronel, ese orzuelo tiene que cuidarlo porque fue diagnosticado por el presidente de la república y curado por la primera dama".

Resistencia de un hombre pacífico

El golpe de Estado estaba previsto, anunciado. Los medios de comunicación hasta hicieron bromas con esto. Tato Bores hizo chistes con esto. Se esperaba, pero hasta último momento muchos pensamos que íbamos a poder detenerlo.

La noche del golpe, una vez enterado de que el teniente Alsogaray estaba en la puerta de la calle Rivadavia, salí a recibirlo. Me presenté como el jefe del destacamento de granaderos. Ni bien entró, ordenó que replegara la guardia. Me negué en los términos más respetuosos que pude. Después lo acompañé a él y a otras personas que estaban con él,

entre las que se encontraba el coronel Luis César Perlinger de civil, hasta el despacho del presidente. Estaba rodeado por un grupo de correligionarios y funcionarios del Gobierno. Yo me ubiqué a su derecha, y Alsogaray, a su izquierda.

“Doctor Illia, le comunico, en nombre de las Fuerzas Armadas, que ha de dejar de ser presidente de los argentinos”, dijo el general Alsogaray. El doctor Illia permaneció un momento callado. Con una serenidad extrema le respondió: “No, general, en nombre de las Fuerzas Armadas, no. En todo caso, en nombre de un grupo de generales que usted representa”. Recuerdo que los calificó de “salteadores nocturnos”. Después, en forma muy premonitoria, les dijo que se iban a arrepentir ante sus hijos de lo que estaban haciendo. El general Alsogaray se quedó un momento más y después se retiró.

Esa noche en el despacho también estaba su hija Emma, hecha una furia. Se dijo que le pegó una cachetada al general Alsogaray, pero eso no es cierto. Ella también salió a negarlo. Lo que sí pasó fue que lo insultó en la cara: “Traidor, hijo de puta”, le dijo entre otras cosas. Si hubiera tenido un arma al lado, creo que le pegaba un tiro. También está el mito de que el presidente se encerró en su habitación con un arma. Esa es otra mentira. No estaba dentro de sus principios el suicidio y no le pidió un arma a nadie. El doctor Illia conservó la serenidad que lo caracterizó durante toda su gestión.

Pese a las insistentes invitaciones a que se retirara, el doctor Illia permaneció en la Casa de Gobierno un tiempo prolongado. Finalmente, cuando en la madrugada ingresó una infantería de la Policía Federal, ahí se fue acompañado por un grupo de correligionarios muy enfervorizados, entre los cuales también estaba yo. Se retiró por la puerta de la calle Rivadavia. Se dijo que se fue en un taxi, pero no es verdad. Se fue en el auto de Alconada Aramburú hacia la casa de su hermano Ricardo, que había sido su secretario privado durante la gestión.

Luego del golpe yo me quedé en la Casa de Gobierno. Era mi trabajo y mi misión. Pero me afectó mucho en lo personal. Se había creado una corriente de admiración y de afecto, en alguna minúscula medida, compartida. Lo digo con modestia. Luego de tres días, sentí la necesidad de saludarlo. Entonces llamé a la casa del hermano, donde estaba viviendo. Tuve la enorme satisfacción de escuchar cuando el señor Ricardo le preguntó al presidente si me podía recibir y él le dijo: “Decile al señor Rodrigáñez que él no precisa anunciarse para venir a verme”. Su recuerdo es imborrable. A raíz de ese llamado, concurrí a visitarlo en la casa de su hermano. Ahí me encontré con un grupo numeroso de radicales que me recibieron muy amablemente. Esa fue la última vez que lo vi.

Emilio Gibaja

Abogado.

Director de Prensa y Relaciones de la Presidencia de la Nación durante el gobierno de Arturo Illia.

Secretario de Información Pública

en la presidencia de Raúl Alfonsín.

Un hombre sin espectacularidades

A Illia lo conocí pero no era su amigo. Siempre fue alguien muy lejano, muy serio, muy formal, muy duro, muy valiente. Todo lo contrario de lo que trataron de armar ciertos medios de comunicación. En la Revolución Libertadora peleó en Córdoba con un grupo armado, pero era un hombre sin espectacularidades. Él coincidía con la frase del expresidente uruguayo Sanguinetti: “La democracia no es épica, la democracia es trabajo de todos los días”. Algo que no gustaba en esa época. El periodismo buscaba cosas fuertes, duras, y no sobriedad y trabajo. Había más prensa para la violencia militar y la violencia civil que para la construcción. Y la juventud argentina de esa época también, nosotros íbamos con lo espectacular. El preámbulo de los diez años más difíciles de nuestra historia fue así.

Illia era, fundamentalmente, un hombre modesto, serio y respetuoso. Recuerdo una reunión en la que le planteamos la necesidad de difundir un poco más la obra del gobierno. Pero él nos dijo: “Yo estuve en Europa en 1934. Estuve en Italia y en Alemania. Volví asqueado de la propaganda. Yrigoyen no la necesitó. Las obras se ven al pasar, al sentirlas, al vivirlas”. Y fue concreto: “Conmigo no cuenten ni con un peso para propaganda política”. Esa frase se la escuché yo mismo.

No transaba con nada que no fueran los principios republicanos. Ni un mínimo desvío, ni una mirada por fuera de la Constitución. Un gran ejemplo para el país. Cuando Alfonsín recitó el Preámbulo de la Constitución, todos se emocionaron porque es nuestro libro de cabecera. Illia lo vio de esa manera, pero sin la espectacularidad de Alfonsín que lo hizo para que todo el país lo viera. Illia era así, tenía esos principios de los que nunca se apartó bajo ninguna circunstancia. Su mujer estaba muriendo en Estados Unidos, pero él se mantuvo en el gobierno con toda la dignidad.

Ni una sola palabra de reconocimiento

El gobierno de Illia tuvo las mejores cifras económicas de toda una época. Se preocupaba mucho por cumplir con lo que había prometido en campaña. Por ejemplo, convirtió el salario mínimo, vital y móvil en ley. La misma semana que esa ley se aprobó, la CGT presentó un plan de

lucha. No hubo ni una sola palabra de reconocimiento por una ley tan progresista. Pero eso no es extraño porque esos mismos dirigentes gremiales se pusieron saco y corbata para ir a la jura de Onganía.

Su gobierno redujo la inflación. Había campañas de alfabetización. El PBI creció notablemente. Aumentó la producción de carne, el empleo subió, sobre todo el industrial. La universidad pública y todo el sistema educativo tuvieron el mayor presupuesto de la historia. Pero eso no importaba, había que voltearlo. No hubo un solo hecho de corrupción en su gobierno. Y eso que Onganía mandó a investigar todas las áreas, pero no encontraron nada. Argentina creció en todos los aspectos, pero había que voltearlo.

Una investigación que mandó a hacer él comprobó que los medicamentos salían mil por ciento más que su costo. Illia sostenía que los medicamentos no eran producto del mercado, eran un producto social. La gente no los compra por gusto o para lucirse, los compra porque los necesita para vivir. Creía profundamente y respaldaba completamente a su ministro de Salud, el doctor Oñativia, un sanitarista salteño que había trabajado mucho con él y que sostenía lo mismo. Como ninguno de los laboratorios –ni los argentinos ni los extranjeros– acataron ni presentaron en fecha los pedidos de costo de los medicamentos, Illia les aplicó la ley de abastecimiento y se congelaron los precios. En su momento se la criticó y se decía que era una ley comunista. Fue una

excusa para los golpistas.

Creía en los hombres

Apenas asumió el poder, empezó la campaña de prensa en su contra. El rumor de un golpe fue alimentado desde el comienzo. Hasta lo llegó a decir un periodista que venía del nacionalismo, Mariano Montemayor: "Ya es hora de que el Ejército voltee a este presidente". Lo dijo descaradamente. Tomás Eloy Martínez entrevistó a la señora de Illia para hacerla quedar como una gorda cocinera que no sabía nada, una inútil. Eso salió en tapa. Prácticamente, decía que había que imaginarla con un delantal en la cocina. Esa señora estaba muriéndose, tanto es así que falleció al mes del golpe. Fueron crueles, tanto con ella como con Illia mismo.

Atacaban su eficiencia. No creían que Illia pudiera gobernar con un buen elenco. Los resultados finales de las cifras muestran todo lo contrario. Realmente, fue el gobierno más exitoso de todo el período, pero quisieron desmerecerlo haciéndolo aparecer con una paloma en la cabeza, como un tonto. Illia era todo lo contrario. Todo el mundo sabía que si iba a conversar con él, salía convencido. Era un gran negociador y tenía una vasta experiencia como legislador. Participó del bloque de los 44 radicales que, de 1948 a 1954, tuvieron en jaque a todos los gobiernos peronistas.

El foco de esta campaña desestabilizante era la capital, pero tenía

repercusiones en el resto del país y mucha fuerza en las grandes capitales del interior. Fueron campañas pagas, tanto Primera Plana como Análisis lo confirmaron. Yo creo que todo el resto, que eran diarios serios, todos, creo, fueron pagados.

“No se toca a nadie”, dijo Illia. Ni siquiera por calumnias e injurias quiso meterse con la prensa. Hubo un discurso terrible de Pascual Pistarini en el Ejército. Criticó al gobierno descaradamente. Todo el mundo esperaba que Illia lo destituyera al día siguiente. Pero a él no le gustaba dar esos golpes de mano, él creía en los hombres. Era un presidente de palabra. Como médico también creía que al paciente había que hablarle. “Nunca hay que restarle esperanzas al enfermo porque ayudan a su curación”.

La conspiración imperdonable

La noche del golpe, yo me encontraba en Casa de Gobierno. Era inminente la llegada de las tropas. Fui al despacho presidencial a ver cuáles eran las últimas novedades. Como empezaron a entrar todos los ministros, yo también entré y rodeamos la mesa del presidente. Éramos unas veinte o treinta personas. Illia estaba firmándole unas fotos a un empleado de la Casa de Gobierno. Aprovechamos para que nos firmara una a cada uno.

Estaba firmando fotos para todos cuando llegaron el general

Alsogaray y el coronel Perlinger, que trataban de llamarle la atención. Illia les dijo: “Estoy con este señor, con este joven que es más importante que ustedes para mí”. Los trató mal. También les dijo: “Ustedes son salteadores de caminos, no pertenecen al Ejército de Belgrano y San Martín. No son militares de la Constitución. Les va a dar vergüenza cuando piensen en esto en el futuro. Sus hijos se los van a reprochar. No merecen el uniforme que tienen puesto. El comandante en jefe soy yo. Ustedes tienen solo la fuerza de las armas. Están usando las armas de la democracia para atacar a la democracia”. Luego de esta discusión se fueron. Volvieron a las dos o tres de la mañana y tuvieron otra discusión similar. La Casa de Gobierno ya estaba cercada. Nadie podía ni salir ni entrar. Se produjo otro encontronazo, y a eso de las seis de la mañana llegó el coronel Perlinger con un batallón policial. Nos sacaron a empujones, y así nos fuimos.

Después, abajo, en la explanada, empezamos a irnos. Lo vi al lado de un taxi; otra gente dice que se fue en el auto de Alconada Aramburú. Yo creo que se fue en un taxi a la casa de su hermano, en Martínez. Illia nunca tuvo casa propia excepto la de Cruz del Eje, que se la regaló la población. La compraron por suscripción pública. Él era médico ferroviario y tenía el mismo sueldo que ellos. Sus pacientes se unieron y le compraron una casita con un consultorio. No tenía auto. Iba en bicicleta a atender a los enfermos. Después de ser presidente, el grupo económico que lo apoyaba –los hermanos Elizalde– le compró un departamento, pero él nunca lo aceptó, nunca se mudó. Vivió siempre en casa de familiares.

Nunca tuvo casa propia. Su equipaje cabía en una valija, y eso era todo.

Por suerte, el golpe a Illia tuvo muchos arrepentidos. Eso habla bien del país. Como el coronel Perlinger, que envió la famosa carta. Yo no la puedo leer porque me emociono. Ahí dice que la última cosa que hizo Illia como presidente fue convertir a un enemigo de la democracia, como era él, en un convencido demócrata. Mariano Grondona, uno de los autores de la proclama de Onganía, también pidió disculpas. Otro arrepentido fue Ramiro de Casasbellas, un periodista bastante conocido en aquella época, que publicó en el Buenos Aires Herald una nota de arrepentimiento. Hubo varios que sintieron vergüenza y lo dijeron, pero los grandes medios no dijeron nada.

Juan Octavio Gauna

Abogado.

Orador juvenil de la campaña presidencial Illia-Perette.

Secretario del Ministerio del Interior de Arturo Illia.

Procurador general de la nación del gobierno de Raúl Alfonsín.

Hechos, no palabras

Illia era un dirigente incansable. Caminaba toda la provincia. Todo el Valle de Punilla sabía quién era. Tenía una memoria prodigiosa y en los pueblos conocía a todos, sabía hasta dónde vivían. Hay anécdotas que demuestran esta característica típica de un caudillo político. Saber el nombre, el apellido, dónde vive la gente. Illia era muy singular. Tenía una fuerte personalidad. Además, no se creía una persona importante. Era un hombre humilde en serio. Y, con esa austeridad que manejaba, se podía vislumbrar que tenía características políticas distintas.

No era demagogo, tampoco hacía grandes discursos porque no era un gran orador. Cuando lo conocí, él me decía que creía que los argentinos estaban cansados de los anuncios de sus políticos. Por eso, tal vez

equivocadamente, no quiso tener prensa. Desde el gobierno no se daban noticias de la gestión porque él decía que la población estaba enferma de los anuncios políticos. “Se gobierna con los hechos”, sostenía. Por eso su falta de espectacularidad y su falta de demagogia. Consideraba que la mentira le había hecho mucho daño a la política argentina.

Si uno repasa las palabras de Illia en su campaña, uno puede ver que cumplió con todas las promesas electorales. Entre ellas, la defensa de la soberanía del país y poner en orden las cuentas públicas con los pagos de la deuda externa, que posibilitaron el crecimiento de la nación. En campaña había dicho que lo primero que iba a hacer era incorporar al partido que no había podido concurrir a las elecciones. Y lo hizo: el peronismo dejó de estar proscripto. Todo esto se fue gestando sin estruendo alguno y con una política externa tendiente a fortalecer a la Argentina frente al mundo. Son hechos concretos, como el crecimiento del PBI a través del salario vital y móvil.

Transparencia y austeridad

Illia creía que una nación no iba a tener posibilidades de desarrollo si no era a través de la educación. Tuvo una política muy fuerte en relación a la educación primaria y secundaria. Consideraba que el acceso a la universidad requería una profunda base previa. Creo que su gobierno fue precursor en este tema. Otra cuestión fue la energía eléctrica, algo

que proviene de la tradición política radical de Córdoba. Sabattini en su campaña dijo: “Agua para el norte y caminos para el sur”. Esa concepción Illia la tomó para toda la nación: energía eléctrica para toda la Argentina. El Chocón es un ejemplo. Incluso hablaba de energía atómica.

Illia cuidaba mucho el erario público. Puedo contar una anécdota muy concreta: él tuvo que intervenir la provincia de Jujuy porque no hubo elecciones legítimas. Primero, el interventor fue Antonio de la Rúa; después, pasó a ser un empresario jujeño que vino al Ministerio del Interior a pedir ayuda económica para propaganda del partido político. Lo recibimos y después fuimos a ver al presidente para solicitarle ese dinero para Jujuy. Illia nos atendió con gran simpatía. Nos escuchó y después dijo: “Mire, lo que usted me pide es imposible porque esa plata está destinada para hacer el hospital de niños del norte. Por lo tanto, es un dinero que no se puede tocar”. Esa era su concepción: el dinero público no se usaba para otra cosa que no fueran los gastos del Estado. Así también era su vida: humilde, despojada; no gastaba, ahorraba.

Prensa, oposición y embestida

La oposición decía lo mismo que planteaban revistas como *Primera Plana* y *Confirmado*: proclamaban que no había políticas y que el presidente estaba desconectado de la realidad del país. No se daban cuenta de las cosas que se habían hecho y que se estaban haciendo porque no había

propaganda del gobierno. Son cosas que se supieron después y que luego todos, incluso los golpistas, tuvieron que reconocer.

También estaban los dibujantes, como Flax, con la paloma en la cabeza de don Arturo, en la plaza leyendo el diario, o la tortuga. La prédica de ese periodismo y de los caricaturistas –Lino Palacio, Landrú– apuntaba a minimizar la figura de Illia, a hacerlo parecer un hombre bueno, pero que no tenía idea de cómo gobernar, ni de cómo era la Argentina. Un hombre que no hacía nada. Todo esto fue muy tóxico.

Esta intoxicación de la opinión pública contrastaba con la falta de propaganda del gobierno. Como el doctor Illia no daba a conocer las cosas que hacía, ese vacío que dejaba se fue infectando con la opinión pública. Y esto le hizo mucho daño a la Argentina, no solo al gobierno de Illia.

Golpe y retroceso

El golpe de Estado que dio por terminado el gobierno de Illia fue una inmoralidad y una falta de sentido común absoluta. Si uno lo ve históricamente, el retroceso que siguió al gobierno de Illia fue inmenso. Fue un golpe absolutamente carente de fundamentos. Ni siquiera estaba respaldado por una crisis económica, algo que se puede ver en los datos, en las estadísticas. Jamás hubo una crisis económica en el gobierno de Illia. De hecho, de eso ni se hablaba.

Illia había enderezado a la Argentina con su ejemplo. Él creía que la ejemplaridad en el gobernante ayudaba a que el pueblo entendiera las cosas. Y esa noche Illia dio un ejemplo inolvidable. Un general vino a decirle que su gobierno había terminado. El presidente, firmando fotos a los integrantes del gobierno, le respondió: “Usted es un asaltante. Retírese de mi presencia”. Bajando la cabeza, el señor Alsogaray se fue. Ese era Illia: un hombre manso, pero firme y con carácter. Si Balbín no lo levantaba en el momento en que Perlinger anunció que iba a tirar gases lacrimógenos, yo creo que Illia se quedaba. Se quedaba a morir. Illia tenía muy en claro que no iba a derramar una sola gota de sangre de los argentinos; pero su gesto ahí, en la Casa de Gobierno, en su despacho, era no aceptar la imposición militar.

Después están las anécdotas de los arrepentimientos y los reconocimientos, y de los que han pedido perdón. El señor Perlinger, por ejemplo, un protagonista esencial de esa noche nefasta. Fue el coronel al cual yo vi, en vivo y en directo, entrar con la Policía Federal para desalojar a Illia. Como Illia no contestaba, hizo que lo apuntaran a él y a su gente. Le dijo que, si no se retiraba, lo iban a sacar con gases lacrimógenos. Ahí fue cuando se levantó Balbín y se fueron. Ese hombre, muchos, muchos años después, pidió perdón por ese hecho.

La salida de Illia de la Casa de Gobierno el 28 de junio fue, para nosotros, los que estábamos ahí y lo acompañamos en la salida, un hecho

altamente traumático por la impotencia del golpe a un presidente impecable. Pero lo cierto es que Illia, con gran dignidad, rechazó los autos de la Casa de Gobierno y salió a la calle junto con Ricardo. Se fue dignamente. Y no tardó, después, en salir a la calle dignamente, como lo hizo siempre. Me acuerdo de que una vez lo pasamos a buscar para ir a almorzar a un carrito de la Costanera. Estacionamos el auto a dos cuadras y, mientras caminábamos, la gente se paraba a aplaudirlo. Nada de gritos, puro respeto.



Arturo Illia en su última audiencia en Casa de Gobierno. A su derecha, Bernardo Houssay, Ricardo Rodríguez y Enrique Strajman. A su izquierda, Virgilio Foglia, Luis Leloir, Enrique Hug. Archivo familiar.

Anexo:

Carta a Arturo Illia

Buenos Aires, 19 de julio - 1977.-

LUIS CESAR PERLINGER

Sr. Dr. D. Arturo Humberto Illia.
De mi mayor consideración:

Durante el gobierno del Dr Frondizi yo, que era Jefe de Estudios de la Escuela de Guerra me hallaba en el grupo que organizaba la resistencia a los avances de los Generales Toranzo Montero, Losio, Labayru etc, contra el gobierno constitucional. Omito señalar la cantidad de veces que estuve detenido en algún cuartel, mi pase a la disponibilidad u otros inconvenientes derivados de mi actitud.

Coherente con la postura descripta, a principios de 1966 y siendo Ud. Presidente de la Nación, tuve algunas reuniones en Mar del Plata y en Buenos Aires con Generales que ocupaban altos cargos en el EMGE en las cuales traté de convencerlos de no romper el orden constitucional. Ante la inutilidad de mi prédica y guiado por el desconcepto, que la unidad de la fuerza amenazada por casos aislados de oposición era más importante que el respeto a la Constitución, me plegué al movimiento que estalló el 28 de junio.

Circunstancias que no se buscan pero que se dan con frecuencia en los hombres de acción, me asignaron un rol importante en su destitución.

En una "presentación" fechada en julio de 1976, que repartí profusamente, y de la cual me ocupé de enviarle un ejemplar, yo escribía: "Hace 10 años el Ejército me ordenó que procediera a desalojar el despacho presidencial. Entonces el Dr Illia serenamente avanzó hacia mí y me repitió varias veces: 'Sus hijos se lo van a reprochar'. ¡Tenía tanta razón! Hace tiempo que yo me lo reprocho porque entonces caí ingenuamente en la trampa de contribuir a desalojar un movimiento auténticamente nacional para terminar viendo en el manejo de la economía argentina a un Krieger Vasena

Ud. me dió esa madrugada

LUIS CESAR PERLINGER

de una indudable lección de civismo.

El público reconocimiento que en 1976 hice de mi error, si bien no puede reparar el daño causado, da a Ud., uno de los grandes demócratas de nuestro país, la satisfacción que su último acto de gobierno, fué transformar en auténtico demócrata a quien lo estaba expulsando por la fuerza de las armas, de su cargo constitucional.

Hace unos pocos días en Gral Roca, Ernesto Sábato dijo a la prensa: "Sabe que tendrían que hacer los militares después de este desastre final que estamos presenciando?. Ir en procesión hasta la casa del Dr Illia para pedirle perdón por lo que hicieron"

El mensaje de Sábato me ha llevado a escribirle estas líneas que pretenden condensar:

- Mi pedido de perdón por la acción realizada en 1976
- Mi agradecimiento por la lección que Ud me dió.
- Mi admiración a Ud. en quien reconozco a uno de los demócratas más auténticos y uno de los hombres de principios más firmes de nuestro país.

Quiero aclararle que de Ud hacia mi, solo espero su perdón y que de mi hacia Ud le deseo todo el bien que el destino le pueda deparar.

Saludo a Ud con toda consideración y respeto.

Luis [signature]

- Cnl. Luis C. Perlinger.
- Virrey del Pino 2796 - 4°A.
- Capital Federal

Buenos Aires, 19 de julio de 1982

Sr. Dr. Arturo Umberto Illia

De mi mayor consideración:

Durante el gobierno del Dr. Frondizi, yo, que era Jefe de Estudios de la Escuela de Guerra, me hallaba en el grupo que organizaba la resistencia a los avances de los generales Toranzo Montero, Osorio, Labayrú, etcétera, contra el gobierno constitucional. Omito señalar la cantidad de veces que estuve detenido en algún cuartel, mi pase a la disponibilidad u otros inconvenientes derivados de mi actitud.

Coherente con la postura descripta, a principios de 1966 y siendo usted Sr. Presidente de la Nación, tuve algunas reuniones en Mar del Plata y Buenos Aires con generales que ocupaban altos cargos en el EMGE en las cuales traté de convencerlos de no romper el orden constitucional. Ante la inutilidad de mi prédica y guiado por el desconcepto que la unidad de la fuerza amenazada por casos aislados de oposición era más confortante que el respeto a la Constitución, me plegué al movimiento que estalló el 28 de junio de 1966.

Circunstancias que no se buscan pero que se dan con frecuencia en los hombres de acción me asignaron un rol importante en su destitución.

En una presentación fechada en julio de 1976 que repartí profusamente y de la cual me ocupé de enviarle un ejemplar, yo escribía: "Hace diez años el Ejército me ordenó que procediera a desalojar el despacho presidencial. Entonces, el Dr. Illia serenamente avanzó hacia mí y me repitió varias veces: 'Sus hijos se lo van a reprochar'". ¡Tenía tanta razón! Hace tiempo que yo me lo reprocho, porque entonces caí ingenuamente en la trampa de contribuir a desalojar un movimiento auténticamente nacional para terminar viendo en el manejo de la economía a un Krieger Vasena.

Usted me dio esa madrugada una inolvidable lección de civismo.

El público reconocimiento que en 1976 hice de mi error, si bien no puede reparar el daño causado, da a usted, uno de los demócratas de nuestro país, la satisfacción de que su último acto de gobierno fue transformar en auténtico demócrata a quien lo estaba expulsando por las fuerzas de las armas de su cargo constitucional.

Hace unos pocos días, en General Roca, Ernesto Sábato dijo a la prensa: "¿Sabe qué tendrían que hacer los militares después de este desastre final que estamos presenciando? Ir en procesión a la casa del Dr. Illia para pedirle perdón por lo que hicieron".

El mensaje de Sábato me ha llevado a escribirle estas líneas que pretenden condensar:

- Mi pedido de perdón por la acción realizada en 1966;

- Mi agradecimiento por la lección que usted me dio;

- Mi admiración a usted, a quien reconozco como a uno de los demócratas más auténticos y uno de los hombres de principios más firmes de nuestro país.

Quiero aclarar que de usted hacia mí solo espero su perdón y que de mí hacia usted deseo todo el bien que el destino le pueda deparar.

Saludo a usted con toda consideración y respeto.

Coronel (R) Luis César Perlinger

Sistema Federal de Medios y Contenidos Públicos
Presidencia de la Nación

